

## **8M Constelación feminista ¿Cuál es tu huelga? ¿Cuál es tu lucha?**

**Verónica Gago Raquel Gutiérrez Aguilar Susana Draper Mariana Menéndez Díaz Marina Montanelli Suely Rolnik**

## **8M Constelación feminista ¿Cuál es tu huelga? ¿Cuál es tu lucha?**

**Verónica Gago Raquel Gutiérrez Aguilar Susana Draper Mariana Menéndez Díaz Marina Montanelli Suely Rolnik**

Gago, Gutiérrez Aguilar, Draper, Menéndez Díaz, Montanelli, Bardet, Rolnik. 8M Constelación feminista. 1a ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tinta Limón, 2018.

134 p. ; 17x 11 cm. ISBN 978-987-3687-37-2

1. Feminismo. 2. Política. 3. Movimientos Sociales. I. Título CDD 305.42

Diseño de cubierta: Diego Maxi Posadas Imagen de cubierta: Fernanda Laguna

This book like the original is a cc license. (Este libro, como el original, es una licencia cc)

Atribución-NoComercial-SinDerivadas

Los artículos que componen este libro (excepto la entrevista con Suely Rolnik) serán publicados en inglés en *South Atlantic Quarterly* 117.3 (July 2018) y son publicados aquí con el permiso de Duke University Press.

**“#Nosotras paramos”:** notas hacia una teoría política de la huelga feminista por Verónica

**La lucha de las mujeres contra todas las violencias en México: reunir fragmentos para hallar sentido** por Raquel Gutiérrez Aguilar

**El paro como proceso: construyendo poéticas de un nuevo feminismo** por Susana Draper

**8 de Marzo: entre el acontecimiento y las tramas** por Mariana Menéndez Díaz

**El sujeto imprevisto de la huelga feminista** por Marina Montanelli

**Excursus ¿Cómo hacernos un cuerpo?** entrevista con Suely Rolnik, por Marie Bardet

|7 |25

|49

## Índice

**“#Nosotras paramos”: notas hacia una teoría política de la huelga feminista**

Verónica Gago<sup>1</sup>

<sup>1</sup>Tal vez la huelga de este ‘17 empezó a gestarse en una maquila, esas ensambladoras gigantes que salpican la frontera entre México y Estados Unidos, donde muchas nos trasladamos al imaginar –y al intentar comprender– qué se mataba también en nosotras cuando se mataba una de las trabajadoras que hicieron famosa esa ciudad por concentrar allí una verdadera “máquina femicida” (para usar la fórmula de Sergio González Rodríguez (2012)). ¿Qué modo de la libertad estaban inaugurando esas chicas, jóvenes en su mayoría, al migrar a esas fábricas que devenían parte de una serie tan truculenta y pieza clave del capital global? A cada una se nos estampó esa pregunta, como un bordado y como un tatuaje. Somos sus contemporáneas y la maquila, de algún modo, es el inicio de la huelga de las mujeres que hemos protagonizado y que nos toca pensar.

No hay paro internacional de mujeres sin la geografía ampliada de Ciudad Juárez, sin nuestros miedos y nuestros deseos todos mezclados ahí, al ritmo de la producción flexible y de la frontera, de la fuga

<sup>1</sup> Es parte de la editorial Tinta Limón y del Colectivo Ni Una Menos. Docente e investigadora.

y de condiciones de explotación que nunca imaginamos estar dispuestas a soportar, pero también a confrontar. ¿A quiénes se mata en Ciudad Juárez? “Hay un predominio de mujeres jóvenes, son morenas, son estudiantes, son obreras, son niñas, pero todas ellas son económicamente marginales”, explica Julia Monárrez (2004), a quien le debemos una de las investigaciones pioneras sobre lo que

denomina “femicidio sexual sistémico” en esa ciudad.

El 8 de Marzo es la fecha que conmemora a otras mujeres, también obreras, jóvenes, en su mayoría migrantes, que se hicieron huelguistas y que a las semanas de la “sublevación de las 20 mil” murieron en el incendio en la fábrica textil Triangle Waist Co. de New York. Por eso pliega una memoria obrera, de desacato y organización de las mujeres que se enlaza, de manera discontinua, con las obreras de Juárez y con la fuerza que en 2017 el paro internacional de mujeres logró impulsar, como medida común, en 55 países.

Cuando hablamos de paro internacional de mujeres, entonces, es todo menos algo global y abstracto. Todo menos una técnica calculada o una estrategia profesional. Necesitamos hacer el duelo por esos cuerpos que sólo venían a nuestras retinas como una secuencia de cadáveres circundados de horror, repetidos en su anonimato, y que resonaban en cada femicidio en América latina, cuyos índices se multiplicaron en la última década. En estos años también se construyó desde las luchas feministas la posibilidad de leerlos y llegar a entenderlos ya no

8

como crímenes sexuales, sino –como sintetiza Rita Segato (2013)– como “crímenes políticos”.

Por eso, cuando Rita nos dice que en Juárez tuvo miedo y que ese miedo le permite pensar, entendemos algo que nos habla a todas. Cuando leemos con estremecimiento los números de muertas que se repiten entre la fábrica, la discoteca, el consumo a destajo y la frontera, entendemos algo que nos conecta con ellas, aun tan lejos en un desierto que ni conocemos pero que sentimos próximo. Porque algo de esa geografía se replica en un barrio suburbano, en una villa salpicada también de talleres textiles informales, en un boliche, y en los hogares implosionados por violencias domésticas, en las apuestas de las migrantes y en las comunidades que son hoy desalojadas por los megaemprendimientos del capital transnacional. Lo que produce una forma de resonancia e implicación es la composición de un cuerpo común: una política que hace del cuerpo de una el cuerpo de todas. Por eso, el atractivo de esa consigna que se grita en las marchas: tocan a una, tocan a todas. El cuerpo como territorio, hoy objeto de nuevas conquistas coloniales, permite conectar un archivo de luchas feministas con las luchas por la autonomía de los territorios.

Así, comprendemos en las vidas de las mujeres de Juárez lo que es igual en muchas: el impulso por un deseo de independencia, una decisión de forjarse un destino al que se apuesta confiando en la vitalidad propia, el combustible de la fantasía y la desesperación que impulsa el movimiento y el riesgo. Desde Ni Una Menos, en Argentina, nombramos

9

esa decisión: #NosMueveElDeseo. Y la frase se replicó aquí y allá, en la selva y en el barrio, en la escuela y en la marcha, en las casas y en las asambleas. Estaba conectada a una verdad que desde múltiples espacios, trayectorias y experiencias nos coordinamos para construir: #NosotrasParamos.

Entonces: el paro responde con una acción y un lenguaje político a un modo de violencia contra las mujeres que pretende justamente anularnos políticamente. Esto es: confinarnos al carácter de víctimas (además, casi siempre indirectamente culpables). Con la herramienta del paro, de parar nuestras actividades y nuestros roles, de suspender los gestos que nos confirman en estereotipos patriarcales, construimos un contra-poder frente a la ofensiva feminicida que no es más que el modo en que hoy se anudan en el cuerpo de las mujeres un cruce de violencias. La violencia feminicida no es sólo

doméstica. En ella se tramam y expresan nuevas formas de explotación laboral, violencias económicas, violencias estatales y violencias políticas. Las violencias machistas exhiben una impotencia que responde al despliegue de un deseo de autonomía (en contextos frágiles y críticos) de los cuerpos feminizados. Llevar adelante este deseo de autonomía se traduce inmediatamente en prácticas de desacato a la autoridad masculina (históricamente refrendada en el poder del salario, en el contrato sexual y en el orden colonial actualizado), lo cual es respondido con nuevas dinámicas de violencia que ya no pueden caracterizarse sólo como “íntimas”.

10

De modo que lo que expande Ciudad Juárez más allá de México es que allí se anticipa, en modo de laboratorio, cómo cierto dinamismo laboral y migrante de las mujeres expresa un dinamismo político (un conjunto de luchas históricas) por escapar del confinamiento doméstico que son aprovechadas por el capital transnacional. Ese deseo es explotado por la máquina capitalista que usa como combustible ese anhelo de prosperidad popular y de fuga para traducirlo en formas laborales, de consumo y de endeudamiento expoliadoras y, en su momento de clímax, devenir máquina femicida.

<sup>2</sup>Hay una dimensión internacional decisiva que caracterizó el paro de mujeres de 2017. Pararon las mujeres en Polonia en contra de la criminalización del aborto el 3 de octubre de 2016. En el caso de Argentina, comienza con el paro del 19 de octubre del mismo año en respuesta al femicidio cruento de la joven Lucía Pérez. La medida inmediatamente deja de ser nacional y la impulsan, sólo en una semana, 22 países. Con la huelga, nos hacemos cargo de un mapa global que no nos queda para nada lejos ni ajeno y que consiste en *politizar las violencias contra las mujeres*. ¿Qué significa politizar? En primer lugar, tomar la huelga como una herramienta que nos pone en condición de sujetos políticos frente al intento sistemático de reducir nuestros dolores a la posición de víctima a ser reparada (en general,

11

por el Estado). Ser víctima, por tanto, requiere fe estatal y demanda redentores. Luego, como ejercicio de sustracción y sabotaje masivo (en Argentina se movilizaron medio millón de mujeres en cada una de las marchas que siguieron a las huelgas de octubre y marzo), la huelga permitió un mapeo de la heterogeneidad del trabajo en clave feminista, dando visibilidad y valorizando las formas de trabajo precario, informal, doméstico, migrante no como *suplementario* o *subsidiario* de un trabajo asalariado, sino como la clave de las formas actuales de explotación y extracción de valor. En tercer lugar, el paro conformó un horizonte organizativo que permitió albergar múltiples realidades que resignificaron, desafiaron y actualizaron la dinámica misma de lo que es una huelga.

En este sentido, el paro expresa tres dimensiones que están presentes también como perspectiva para el paro del 2018. Uno: el paro se constituye como un proceso y no como un acontecimiento. Esto implica concretamente producir el tiempo del paro como tiempo de organización, de conversación, de trama común, de coordinación asamblearia, de puesta en juego de subjetivaciones que elaboran una radicalidad de nuevo tipo al encontrarse. Dos: en este sentido, el paro produce la interseccionalidad de las luchas y su conexión transnacional y lo hace involucrando una dimensión de clase: más allá del multiculturalismo identitario, ligar la violencia contra las mujeres y los cuerpos feminizados con las formas de explotación laboral, la violencia policial, y

las ofensivas empresariales contra los recursos comunes remapea *de hecho* la conflictividad social. Así, los feminismos populares, indígenas, comunitarios, suburbanos, villeros, que desde América Latina des- liberalizan las políticas de reconocimiento, los pre- mios de cupo y los anzuelos identitarios ponen en primer plano la precariedad de las existencias como condición común pero singularizada por conflictos concretos. Tres: por todo esto, cuando narramos la geografía del miedo y del riesgo (porque se im- preña en muchas como un mapa de alertas que, sin embargo, nos da la clave para hacer inteligibles abusos múltiples y violencias) no es un miedo que se traduce en victimización, sino en capacidad estra- tégica. En mapeo sensible de las explotaciones que se viven en conexión unas con otras y en formacio- nes de otras maneras de pensar el territorio y en par- ticular el cuerpo como territorio (cuerpo-territorio).

En el caso de Argentina, el paro implicó una fuer- te discusión con los sindicatos, que se resistieron a ceder el monopolio de esa herramienta. Lo intere- sante fue que este debate se instaló al interior de los propios sindicatos, dando fuerza a compañeras, en su mayoría jóvenes, que obligaron a las estructuras a abrir espacios de democratización, y a reconfigu- rar la herramienta sindical. Esto fue inseparable del protagonismo de las mujeres de la economía popu- lar (trabajadoras de venta ambulante, costureras a domicilio, recolectoras de basura, cocineras y cuida- doras comunitarias, etc.) que a la vez que exigieron ser reconocidas como trabajadoras (algo que desde

el sindicalismo es una tensión permanente), eviden- ciaron los límites del paro “sindical” y obligaron a pensar el paro para quienes “no podían” parar, ya que ponían en riesgo el ingreso diario.

Entonces, el paro deja de ser una decisión desde arriba en la que se sabe simplemente cómo acatar o adherir. El paro deviene hoy una pregunta de inves- tigación concreta y situada: ¿qué significa parar para cada realidad diversa? Esta narración puede tener una primera fase que consiste en explicar por qué no se puede hacer paro en el hogar o como vendedora ambulante o como presa o como trabajadora free lance (identificándonos como las que no podemos parar), pero inmediatamente después cobra otra fuerza: obliga a que esas experiencias resignifiquen y amplíen lo que se suspende cuando la huelga debe alojar esas realidades, ensanchando el campo social en el que la huelga se inscribe y produce efectos. Resuena en nosotras una pregunta que se hizo hace años el colectivo madrileño *Precarias a la Deriva*: ¿cuál es tu huelga? Pero ahora conjugada en una es- cala de masas y de radicalización frente a la ofensiva de violencias machistas que nos pone en estado de asamblea y de urgencia de acción.

Así, el paro se ha multiplicado: se ha convertido en una invectiva contra la extensión del agrobusi- ness, contra el recorte de subsidios estatales, con- tra la moralización de nuestros placeres, contra las formas de guerra que se nos dirigen diariamente, contra la privatización de los cuidados. El horizonte organizativo y que, insisto, repone la dimensión cla- sista, anti-colonial y masiva al feminismo, consiste

en no tener una herramienta cerrada, sino que ne- cesita ser inventada en el propio proceso organiza- tivo y, al mismo tiempo, que nos pone a las muje- res como clave de la explotación capitalista. En esa aspiración, el ejercicio práctico ha sido mapear los modos no reconocidos ni remunerados en los que producimos valor y elaborar una imagen colectiva diversa de lo que llamamos trabajo.

¿Hay un riesgo de que el paro *laboral*ice justamente todo aquello que excede a lo laboral? Creo que el paro de mujeres tiene una fuerza que desborda el espacio laboral porque en el sabotaje se paraliza y se desacata mucho más que un empleo: se desconoce por unas horas un modo de vida en el que ese empleo es una pieza junto a otras, se paralizan los roles de la división sexual del trabajo y se evidencia la arbitrariedad política que organiza las fronteras entre lo laboral y lo no laboral (y las luchas históricas entre confinamiento y autonomía, entre reconocimiento y ruptura).

Es en este sentido que el paro se convierte en un vector de transversalidad porque va más allá de una herramienta específica cuya legitimidad y uso está prescripto para sectores asalariados y sindicalizados (que alimenta el “materialismo político” de algunos sindicatos, como lo llamaba Rosa Luxemburgo). Esta transversalidad puede sintetizarse en cuatro aspectos: 1) poner en conexión de manera no jerarquizada el ámbito de la producción y de la reproducción; 2) dar estatuto de trabajo a las economías informales y populares que son marginadas políticamente por ser parte de una

15

composición heterogénea de la fuerza de trabajo donde las tareas reproductivas y no salarizadas son la clave, con evidente protagonismo femenino; 3) evidenciar una fuerza que se nutre de la resonancia y coordinación internacional y, finalmente, 4) actuar una genealogía que, en Argentina, conecta con experiencias de radicalización en dos cuestiones: las luchas de las Madres de Plaza de Mayo contra la última dictadura militar y la politización de los derechos humanos que ellas impulsaron y, luego, el movimiento de trabajadorxs desocupadxs que en plena crisis social y política en 2001, desafiaron la inclusión subordinada como “excluidxs” que los condenaba a ser marginales o población sobrante. Más que “laboralizar” las luchas, el paro de mujeres desafía las fronteras del trabajo y produce de esta manera un piso de radicalización que interpela otros movimientos y otras prácticas y experiencias.

En el caso de Argentina el paro lo continuamos más allá del 8M a través de *asambleas situadas*. Fue un ejercicio de volver a encontrarnos y actualizar el mapa de la conflictividad en clave feminista, haciendo de la asamblea un recurso de producción de inteligencia colectiva, de discusión táctica y de ampliado de redes. Menciono muy rápidamente las dos experiencias. Una primera con las trabajadoras despedidas de la transnacional de alimentos Pepsico, que instalaron una carpa frente al Congreso de la Nación en Buenos Aires y que impulsaron la consigna “Ni Una Trabajadora Menos”. Luego, en la ciudad patagónica de El Bolsón, con organizaciones feministas y compañeras de las comunidades mapu-

16

che, frente al conflicto de criminalización de la protesta indígena por la recuperación de sus territorios. Allí, la consigna fue “Nuestrxs cuerpos. Nuestrxs Territorios. ¿Dónde está Santiago Maldonado?”, en referencia al militante por entonces desaparecido después de una represión estatal. Pero hay una acción más que al menos quisiera dejar nombrada: la acción del 2 de junio 2017 frente al Banco Central de la República Argentina con la consigna “DesendeudadasNosQueremos”, en eco con la consigna que tomamos del movimiento mexicano “VivasNosQueremos”, poniendo de relieve que el antagonismo entre vida y finanzas es una cuestión fundamental también para pensar la huelga.

<sup>3</sup>El sustrato de esa huelga, la que efectivamente hicimos en el '17, también se nutre de elaboraciones de la que somos herederas, en la que escuchamos el susurro de Rosa Luxemburgo. Quisiera

desarrollar su idea de que toda huelga contiene un pensamiento político. Por un lado, ella estudia una conjunción de elementos para caracterizar la huelga efectivamente como proceso, dando cuenta del entrelazamiento de “múltiples factores” (económicos, políticos, materiales y psíquicos) que la califican como un “cuerpo vivo”. Por otro lado, al entender la huelga como proceso, describe su extensión como una geografía acuática. “Ora se extiende por todo el imperio como una ancha ola de mar, ora se divide en una

17

red gigantesca de estrechos riachuelos; ora brota de las profundidades como un fresco manantial, ora se hunde completamente en la tierra”. Sin reducir el movimiento feminista a la acción del paro (de por sí heterogénea), podemos tomar el paro como “lente” ya que nos permite desplegar el pensamiento político de la huelga que nos toca vivir y entender su procesualidad y sus geografías múltiples. En esta línea, agregaría que lo que hoy nos permite leer Luxemburgo en lo que hacemos son tres líneas de investigación-intervención:

1. Los movimientos feministas, en la multiplicidad del aquí y ahora, podemos retomar su crítica a la guerra justamente para pensar la llamada “guerra contra las mujeres” (Federici, 2010). Claro que se trata de escenarios bélicos muy diferentes pero sus reflexiones siguen brillando para pensar qué fuerza se quiere desarmar cuando se promueve una guerra.
2. Del mismo modo puede ser reapropiada y actualizada su teoría sobre el imperialismo en relación a la necesidad constante del capital de extender sus fronteras y, en el caso del trabajo de cuerpos feminizados, pensar cómo la violencia del proceso de acumulación impacta especialmente en las economías protagonizadas por mujeres. Esta reconceptualización del despliegue imperial, incluye el punto anterior: las nuevas formas de la guerra.
3. Finalmente, su teoría de la huelga como proceso no deja de ser una clave para pensar la temporalidad y el movimiento mismo de una acumulación histórica de fuerzas que, a partir de la crítica práctica a la violencia femicida y la reapropiación de la herra-

18

menta de la huelga, se plantea el desafío de tejer un nuevo internacionalismo.

La dimensión colonial que el pensamiento de Luxemburgo elabora tiene hoy una importancia central en la evaluación de la coyuntura global y de los conflictos concretos que venimos mencionando. Desde otras perspectivas y archivos, podría decirse que los feminismos latinoamericanos se hacen cargo hoy, junto con la dimensión clasista de su trama, de la dimensión colonial. Y esto tanto para pensar lo que significa una relación con el Estado en nuestras sociedades y su complicidad con los proyectos de despojo de los cuerpos-territorios, como para dar cuenta de desencuentros históricos y duraderos entre cierto feminismo liberal y las luchas populares. La interseccionalidad que nombrábamos más arriba (que la escuchamos en boca de Angela Davis en la Women’s March pero que tiene una rica historia, cfr. Combahee River Collective) toma este carácter de crítica clasista, sexista y anti-colonial, haciendo un balance práctico del modo multicultural y neoliberal en que se intentó incluir las luchas por la diferencia en los años 90 en nuestro continente.

<sup>4</sup>El paro, entonces, trastoca su propia temporalidad de “fecha”. Se empezó a imaginar –en la elucubración por sortear esas paredes tan próximas– en la maquila, se siguió en las casas, se transpiró en

asambleas, se discutió en sindicatos y comedores comunitarios, se hizo respiración colectiva en las calles pero venía agitándose, por qué no, desde tiempos de sabotajes plegados en memorias antiguas. Entonces, ¿cuál es el tiempo que produce la huelga de mujeres? ¿En qué sentido estamos pudiendo elaborar la violencia contra las mujeres como una ofensiva del capital? ¿Cómo respondemos a la normativa estatal que limita nuestros gestos y lenguajes? ¿Cómo seguimos fortaleciendo las luchas feministas con un horizonte popular y autónomo? Los textos que siguen lanzan y cualifican estas preguntas desde experiencias distintas, que no son solo la de países distintos (aunque también), sino en el cruce de perspectivas, experiencias y expectativas.

Leemos un desplazamiento del calendario de huelga en el texto de Susana Draper: ella lo sitúa en una cárcel, en las palabras impresas con amor y fantasía alquímica en un fanzine de 2015 titulado: “Mujeres en huelga, se cae el mundo”. Así, el paro empieza como gesto de fuga en un contexto de encierro cerca del DF mexicano. Desde ese desplazamiento, leemos también su énfasis en la repercusión del paro del 19 de octubre de 2016 lanzado en Argentina que se expandió por varios países y que en Estados Unidos fue tomado, según relata Draper, por las migrantes latinas (una fecha que no es tan recordada cuando se habla de la Women’s March y del 8M en EEUU).

Hay un modo de las luchas asociadas a la reivindicación del placer y la autonomía del cuerpo que hace

de la política en femenino, como le llama Raquel Gutiérrez, una política a favor de la vida, alejada de los mandatos sacrificiales-utópicos de la política revolucionaria de otras décadas.

Por eso no es casual que en su texto para este dossier ella empieza por ese dolor que desde México nos mancomuna, del que nos hacemos cargo porque pone condiciones muy concretas a cómo pensar nuestras resistencias, nuestras formas de elaborar la herida (para muchas: herida colonial) como condición para trastocar la escena política en sus más profundas convicciones (que incluye la distinción entre público/privado y ciudadanos/amas de casa) y que hace que la política en femenino tenga ese arraigo corpóreo, ese peso que no se evade ni se representa, esa dificultad que desafía la mediación patriarcal y que involucra otras economías. La pista que Gutiérrez deja planteada en su texto sobre la interdependencia que hace fuerte la autonomía del “entre-mujeres” y sobre la cual avanzan los dispositivos patriarcales-financieros es un punto fundamental para entender la guerra contra las mujeres en su dimensión contra-insurgente.

El paro del 2017 en Uruguay marcó un hito de movilización, que condensó iniciativas que se venían nutriendo en los últimos años en diversos espacios feministas. Por eso Mariana Menéndez apunta un rasgo fundamental: la dimensión pedagógica, como proceso de auto-formación colectiva y de entrelazamiento de generaciones, que implicó la organización del paro. El desplazamiento del corset de la

“agenda de género” con que se quiere metamorfosear institucionalmente las luchas retoma, en su análisis, una línea roja de nuestra experiencia histórica, ligada a formas de resistencias contra la explotación de lo común. En su texto leemos también –como en todas– la importancia de los aportes de Silvia Federici para el debate latinoamericano.



Como parte de la marea internacional, la conformación de la red Non Una di Meno en Italia, de la que habla Marina Montanelli, y su experiencia con el masivo paro del 8M pone de relieve la emergencia de un movimiento que ha lanzado discusiones centrales sobre el carácter sistémico, y no emergencial, de la violencia contra las mujeres, la articulación de prácticas muy diversas en la escritura colectiva de un plan feminista contra la violencia (como propuesta de organización) y la conceptualización del movimiento de mujeres como el “sujeto imprevisible” que con la huelga resignifica los desafíos de una política que se quiere radical. #NosotrasParamos, como grito común, se traduce también de otra manera: queremos cambiarlo todo.

22

#### **Bibliografía**

- Federici, Silvia. 2010. *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- González Rodríguez, Sergio. 2012. *The femicide machine*. Los Angeles: Semiotext(e).
- Monárrez, Julia. 2004. “Elementos de análisis del feminicidio sexual sistémico en Ciudad Juárez para su viabilidad jurídica”. Paper en el Seminario Internacional: Feminicidio, ley y justicia, México DF, Diciembre 8-9, 2004.
- Segato, Rita. 2013. *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Taylor, Keenaga-Yamahtta, ed. 2017. *How we get free. Black feminism and the Combahee River Collective*. Chicago: Haymarkets Books.

23

# La lucha de las mujeres contra todas las violencias en México: reunir fragmentos para hallar sentido<sup>1</sup>

Raquel Gutiérrez Aguilar<sup>2</sup>

Escribo en México y, mayormente, hablaré desde lo que aquí estamos viviendo, que no es igual a lo que ocurre, sobre todo, en el sur del continente. México está atravesando un durísimo período de violencia desatada, de desplazamiento, desaparición y muerte, que dura ya más de una década (Paley, 2014; Gutiérrez y Paley, 2016). Este período alterado, opaco, rudo cobró brío a comienzos de 2007 cuando el ex presidente Felipe Calderón –quien llegó al cargo tras unas elecciones de resultado muy dudoso– decidió sacar a los militares de sus cuarteles encargándoles, supuestamente, la tarea de “destruir al narcotráfico”; mientras él se dedicaba a preparar las condiciones para rematar –en su doble connotación– lo que quedaba de riqueza pública en el país, en particular electricidad y petróleo. Desde entonces, nos hemos visto envueltas en una creciente espiral de violencia que arroja datos de asesinatos, enfrentamientos y desapariciones

1 En este texto, firmado por Raquel Gutiérrez, se recogen hilos de diversas discusiones colectivas con las doctorantes del Posgrado en Sociología del ICSYH-BUAP.

2 Militante, filósofa y matemática mexicana. Profesora-investigadora del ICSYH-BUAP, México.

25

sólo comparables con lo que ocurre en Siria. En diciembre de 2012 a Calderón lo sucedió Peña Nieto en la presidencia de México. Este gobernante, alterando un poco la retórica del antecesor, de todos modos continuó con la misma estrategia de guerra contrainsurgente ampliada (Paley, 2016), fragmentada y difusa (Fazio, 2016).

Tal es el contexto en el cual se han desarrollado, en México, las renovadas luchas de las mujeres contra todas las violencias machistas y de ahí que los rasgos que exhiben son específicos y particulares, en tanto las luchas se despliegan en contextos muy duros de amenaza inminente. Comienzo destacando el opaco y generalizado entorno de violencia institucional y paramilitarizada que habitamos, en tanto impone a las luchas feministas renovadas una *calidad ambigua del tiempo*:<sup>3</sup> simultáneamente percibimos nuestra fuerza recuperada en las calles, en la infinidad de reuniones que organizamos, sintiendo la amenaza, casi inmediata, que significa desplegarla. Esta condición del tiempo nos empuja a habitar lo que Silvia Gil<sup>4</sup> denomina “paradoja de las luchas

3 La idea de “calidad ambigua del tiempo” se discutió ampliamente en un Encuentro de Mujeres titulado “Diálogos entre Ecología política y feminismos: entender y detener las violencias sobre nuestros cuerpos-territorios” realizado el 23 y 24 de octubre de 2017 en el marco del proyecto de investigación “Violencia contra las mujeres, feminismos y producción de conocimiento en medio de la crisis de la reproducción social”, VIEP-00283.

4 La idea de “paradoja de las luchas feministas actuales” se discutió ampliamente en el Encuentro de Mujeres de octubre de 2017 mencionado en la nota anterior, al cual Silvia Gil asistió.

26

feministas” actuales, cuando colectivamente se comparte la sensación de fuerza feminista regenerada a través de nuestra movilización, entrelazada tensamente con la impotencia que supone el saber-nos amenazadas.

Así, en México está siendo muy difícil *organizar la experiencia* (Méndez, 2017) que vamos adquiriendo. Sobre todo porque sabemos que la experiencia colectiva se organiza a través de la palabra compartida que circula en los espacios que construimos; pero habitamos un contexto político inmediato, insisto, en el cual se nos dificulta mucho nombrar lo que ocurre y, por tanto, comprenderlo. Rita Segato, con gran lucidez propuso una inicial forma de nombrar, tras una investigación en Ciudad Juárez en relación a la ola de desapariciones de mujeres y feminicidios que en aquella nortefña ciudad se desbocaron a comienzos de este siglo. Según Segato, “las nuevas formas de guerra, caracterizadas por la informalidad, se despliegan hoy en un espacio intersticial que podemos caracterizar como para-estatal porque se encuentra controlado por corporaciones armadas con participación de efectivos estatales y para-estatales” (Segato, 2014:15). A partir de tal constatación ella sugiere estudiar el carácter dual o duplicado de la dominación estatal: sujeto a cierta normatividad pública y simultáneamente excediéndola hasta insular prerrogativas de dominio opacas –y particularmente crueles– completamente por fuera de acuerdo público alguno (Segato, 2014, 52-55).

En las siguientes páginas realizaré, entonces, un ejercicio organizado en dos partes. Primero,

27

presentaré un par de estampas de las renovadas luchas de las mujeres contra todas las violencias, deteniéndome en algunos detalles que vuelven comuncable lo que de otra manera parece incomprensible, dada la imbricación de las dos realidades desdobladas de las que habla Segato –la legal y la para-legal– que entendemos como un eficiente mecanismo de *producción de opacidad* en el contexto local de guerra contrainsurgente ampliada (Paley, 2016). En un segundo momento, propondré algunas claves analíticas para alumbrar la fuerza de las potentes luchas de múltiples tramas de mujeres contra la violencia que, colectivamente, estamos produciendo desde acá, a fin de dialogar con lo que sucede en el sur.

<sup>1</sup>De entrada pues, un par de historias que muestran los rastros brutales y grotescos de la situación que habitamos: Yakiri Rubio y Marisela Escobedo.

Yakiri Rubí Rubio Apart es una joven mujer quien, el 9 de diciembre de 2013 se defendió con uñas y dientes tras ser objeto de un “levantón” –secuestro– seguido de violación. Tenía 20 años aquel día cuando dos varones creyeron que podrían impunemente atraparla, arrastrarla hasta un hotel –el Alcázar de la Colonia Doctores en plena Ciudad de México– violarla y, después, quizá matarla ahí mismo o disponer de ella de alguna manera inimaginable.

A Yakiri, los hermanos Miguel Ángel y Luis Omar Anaya la “levantaron” en la calle tras acosarla mien-

28

tras ella caminaba después de salir del trabajo. La amagaron con un cuchillo, la redujeron y la subieron a una moto. Entraron al hotel Alcázar –muy cerca de donde la levantaron– y se dirigieron a un cuarto donde la violaron. El encargado del hotel, cuando entraron, saludó a los hermanos Anaya y les dijo “ya saben a dónde”. En algún momento de la dantesca escena de sometimiento y violación, Yakiri logró

alcanzar el cuchillo con el que la habían amagado y, defendiéndose, hirió en el cuello a Miguel Ángel Anaya. En medio de la confusión ambos hermanos salieron del hotel yéndose a su casa. Miguel Ángel se desangró y murió al llegar a su domicilio en la misma Colonia Doctores.

Yakiri Rubio salió corriendo del hotel y pidió auxilio a una patrulla policial que la llevó a la Agencia 50 del Ministerio Público. Ella quería sentar rápidamente una denuncia por violación, secuestro e intento de asesinato. A los pocos minutos llegó a la misma oficina Luis Omar Anaya, el hermano de Miguel Ángel, a denunciar a Yakiri por la muerte de su hermano. Esa misma noche Yakiri fue acusada formalmente de asesinato y enviada a prisión. Estuvo recluida hasta el 5 de marzo de 2014.

Durante los tres meses que corren desde el 9 de diciembre de 2013 hasta el 5 de marzo de 2014 la lucha de Yakiri defendiéndose del *continuum de violencia* (Reyes, 2017) en que se vio atrapada, alentó y se sintonizó con el nuevo momento de emergencia de las polimorfos y creativas luchas de muchísimas mujeres de todas edades y condiciones contra todas las violencias machistas. Al comienzo, la lucha de

29

una amplia y heterogénea red de mujeres se centró en sacar a Yakiri de la prisión, en obligar al aparato de justicia a reconocer y admitir la legitimidad de la acción de defensa de Yakiri contra uno de sus agresores, en señalar y desmontar la red de complicidades para la perpetración de la violación por parte del Hotel Alcázar y de los funcionarios que tienen que vigilar que eso no ocurra. Utilizando redes sociales lanzaron convocatorias que fueron escuchadas. Desbordando las formas previsibles de encauzamiento del tratamiento de estas injusticias, la creciente constelación de mujeres diversas –algunas feministas de diversas corrientes, algunas no adscritas al feminismo pero dispuestas a expresar su indignación en las calles– organizó múltiples y ruidosas marchas, actos de denuncia frente al hotel Alcázar, frente al Ministerio Público, en las oficinas del juzgado, derrochando creatividad en las consignas y puestas en escena. Se vincularon, además, con la familia de Yakiri que es oriunda del barrio popular de Tepito también en la Ciudad de México; lo cual reforzó la fuerza de la movilización contra la injusticia, contra la cadena de violencias en la que Yakiri había quedado atrapada.

En marzo de 2014 Yakiri salió de prisión bajo fianza pues el Ministerio público tuvo que modificar la acusación de “asesinato” a “uso excesivo de la defensa legítima” y el hotel Alcázar fue clausurado. El debate público sobre la necesidad de nuestra auto-defensa individual y colectiva estaba abierto. Surgieron muchos nuevos grupos de mujeres, se inauguraron espacios de debate y encuentro, otros

30

se revitalizaron. Un conjunto cada vez más amplio y diverso de mujeres comenzaba a poner en el tapete de la discusión la cuestión de la violencia que asola México, de todas las violencias y, en particular, de las violencias contra las mujeres. Unos meses más tarde, el 26 de septiembre de 2014, la sociedad mexicana comenzaría a movilizarse de manera extensa y explosiva contra otro agravio insoportable, ahora colectivo: la desaparición de los 43 estudiantes de la Normal de Ayotzinapa y el asesinato de otras 6 personas en Iguala, Guerrero.

La presencia masiva y callejera de las mujeres hablando con voz propia contra todas las violencias machistas volvería a aparecer recién el 24 de abril de 2016, en una enorme acción de movilización aguerrida y coordinada en más de 20 ciudades de la República: el #24A. La irrupción de esta energética fuerza autoconvocada compuesta por mujeres que se reúnen y organizan por su propia cuenta de múltiples maneras, que denuncian el acoso cotidiano en espacios públicos, la violencia doméstica, la institucional, la feminicida y la estructural ha desatado un debate público protagonizado por “aliados”

varones, similar al que ocurre en otros lugares aun- que acá ocurriendo con más vehemencia, en torno a que la lucha “debería de ser” contra la violencia “en general”, no únicamente contra la violencia contra las mujeres. En un país donde bandas de varones armados –oficiales y no oficiales– transitan cotidianamente por la calle, para supuestamente “poner orden” sin apego a ley alguna, el actual movimiento de las mujeres en lucha repite una y otra vez que

31

nosotras peleamos contra todas las violencias machistas. Y añade que no se trata de que “no queramos defender a los varones” –quienes en muchos casos, también son víctimas de esta violencia difusa y brutal– sino que nos estamos concentrando en cuidarnos a nosotras mismas porque hemos decidido “estar para nosotras”; y que no estamos dispuestas a que, una vez más, la “lucha general” oculte y haga colapsar nuestra propia voz como ha ocurrido en más de una ocasión. Así reconstruimos pues, y defendemos, la clave feminista renovada de nuestra propia movilización.

Decidimos hacerlo de esta manera porque hay una historia más larga que nos ha obligado a reaprender la importancia de hablar con voz propia. La compartiré a través de la segunda estampa, brutal, que retrata el *complejo de violencia* (Paley, 2017) que estamos atravesando en México: la historia de Marisela Escobedo ocurrida a partir de 2008 en Ciudad Juárez.

Rubí Fraire Escobedo y Marisela Escobedo Ortiz fueron hija y madre<sup>5</sup>. Rubí era una joven mujer quien fue asesinada y desaparecida por su pareja en agosto de 2008. Dos años después, Marisela, quien había buscado incansablemente a su hija tras denunciar su desaparición, encontró restos de su cadáver. Desde un comienzo denunció a la ex-pareja de Rubí como responsable de su ausencia y muerte. Venciendo múltiples dificultades logró llevar a

5 La historia de Marisela Escobedo y su hija Rubí la analizamos previamente en Gutiérrez y Paley, 2016.

32

juicio al asesino tras encontrarlo en otro estado de la República. El asesino no sólo alardeaba del asesinato de Rubí, sino que lo confesó ante la justicia. Pese a ello, un tribunal de justicia decidió liberarlo. El alegato judicial se basó, irónicamente, en las garantías del debido proceso: al basarse la mayor parte de la causa penal en las auto-incriminaciones del asesino que admitía haber cometido el hecho, dada la selectiva inoperancia policial que no había llevado a cabo casi ninguna diligencia, los jueces decidieron “dejarlo libre”, ignorando la vida rota de Rubí y de su madre. Marisela, sin embargo, no se dio por vencida y continuó exigiendo justicia y alentando a otras madres a buscar a sus hijas desaparecidas y a apoyarse entre sí para encontrarlas. También denunció a los jueces que inicialmente liberaron al asesino y consiguió, después de mucho esfuerzo, que un tribunal superior no sólo revirtiera la sentencia absolutoria al asesino, sino que se juzgara a aquellos que la habían dictado. Sin embargo, Marisela fue asesinada a fines de 2010 de un tiro en la cabeza cuando protestaba frente al Palacio de Gobierno en la capital estatal de Chihuahua. Pocos días después el negocio de su ex-esposo fue atacado y su cuñado fue levantado por un comando armado.

La historia de Marisela y Rubí sintetiza el horror de la violencia convertida en asunto cotidiano en este país nuestro: del asesinato de una mujer a manos de un familiar en el ámbito privado a la lucha por justicia en el ámbito público que es truncada por otro asesinato, ahora plenamente visible aunque aparentemente anónimo. La impunidad lo inunda

33

todo. “El 98 por ciento de los casos (de feminicidio) se encuentra en la impunidad, entonces eso significa que estos agresores continúan la espiral de la violencia, porque tienen la aquiescencia del estado, porque tienen su complacencia, porque tienen la complicidad, porque están en la impunidad, porque no les pasa nada, o sea matan a una mujer y no les pasa absolutamente nada”, según Luz Estela Castro, la abogada de Marisela. Y la impunidad de las fuerzas federales también “aportó”, desde el estado, a la “resolución” del caso: el asesino de Rubí fue también asesinado extrajudicialmente por soldados en un supuesto enfrentamiento en Zacatecas en 2012. Así se cerró el caso.

Unos cuantos meses después del asesinato de Marisela Escobedo, en marzo de 2011 encontraron brutalmente asesinado, junto a otros seis jóvenes, a Juan Francisco Sicilia Ortega, hijo del conocido poeta y periodista Javier Sicilia, quien haciendo público su dolor y su duelo, convocó a una amplia movilización contra la violencia bajo dos lemas: “¡Estamos hasta la madre!” y “No más sangre”. Javier Sicilia produjo un discurso a partir de la noción de “víctima” y alentó una gran acción de duelo público con base en “Caravanas de consuelo”, organizadas a lo largo del país; acciones todas éstas que se conocieron como Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MJD). Sin desmerecer la importancia que tuvo el esfuerzo de Sicilia por poner un freno

6 Esta fórmula coloquial mexicana expresa hartazgo profundo; podría traducirse justamente como: ¡estamos hartos!

34

a la violencia enloquecida desatada por la llamada “Guerra contra el Narco”, como bien analiza Marisa Belausteguigoitia (2015), él construyó una figura pública de “Padre piadoso” en confrontación con el “Padre despiadado” y criminal. La tensión —y el límite— de esta figura y de esta forma de hacer política se hizo evidente en Ciudad Juárez cuando Sicilia no supo aprender de la experiencia de las Madres de las asesinadas y desaparecidas en aquella norteña ciudad. La divergencia central estuvo en el lugar de mediación entre las “víctimas” y el Estado, que Sicilia construyó para sí mismo y para un pequeño grupo de asesores —casi todos varones— que lo acompañaban. Al final, lo que quedó de esa enorme movilización fue la Ley de Víctimas y una gran frustración por el derroche de la fuerza alcanzada que no había logrado, en aquellos momentos, hacer volver a los cuarteles a los militares y desenganchar a México de la estrategia de contrainsurgencia ampliada a través de la militarización de amplios territorios de la geografía nacional.

Todo esto viene a cuenta porque compone el escenario de dificultades y tensiones en que se desenvuelve el renovado esfuerzo de miles de mujeres contra todas las violencias. En México, como quizá comienza a ocurrir en otros lugares, una lucha específica contra la violencia feminicida queda oscurecida ante la necesidad de reaccionar contra el siguiente crimen. La inicial recuperación de la palabra y la fuerza colectiva de miles de mujeres movilizadas que brotó de la defensa de Yakiri en el centro de México a comienzos de 2014, se vio arrastrada por

35

el huracán de indignación colectiva que brotó tras la desaparición de los 43 estudiantes de la Normal de Ayotzinapa en Iguala en septiembre de ese mismo año; igual que la lucha incansable de Marisela Escobedo y las Madres de las muertas de Juárez se desdibujó durante un tiempo en las Caravanas organizadas por Sicilia, el “Padre piadoso” y su cuerpo de asesores.

Con los elementos hasta acá presentados, avanzamos algunas pistas reflexivas. En México no estamos logrando discutir masivamente, tal como ocurre en otros países, la pertinencia de la herramienta del Paro de Mujeres como fértil camino de politización de nuestras luchas. Acá, algunas,

estamos de- batiendo sobre la ubicuidad de la *mediación patriar- cal* (Gutiérrez, Sosa y Reyes, 2017) y las formas de reconocerla y subvertirla, al tiempo que seguimos desplegando nuestros esfuerzos asociativos y de movilización en condiciones muy duras.

<sup>2</sup>Presentaré pues, ahora, la manera en que algunas estamos alumbrando el contenido de las renovadas luchas de las mujeres contra “todas las violencias machistas”, articulando nuestras acciones de im- pugnación contra específicas violencias –públicas y privadas– experimentadas en nuestros cuerpos, con las otras violencias que a la sociedad en su conjunto impone el capitalismo contemporáneo y sus diver- sos regímenes políticos extractivistas (Gago, 2017b);

36

haciéndonos cargo de que en México esto está ocu- rriendo de forma grotesca y brutal. Son tres elemen- tos los que nosotras consideramos fundamentales de estos conocimientos regenerados en y por las lu- chas. En primer lugar, el creciente ánimo por colocar *la garantía de la reproducción de la vida* como asunto central del debate político contemporáneo, impug- nando y desplazando el siniestro marco argumental y normativo que coloca la productividad –¡del capi- tal!– como fundamento de las preocupaciones po- líticas y de las decisiones económicas. En segundo lugar, al producir acciones de lucha y argumentos contra todas las violencias machistas –y capitalistas y coloniales– colocando como eje la garantía de la reproducción de la vida, las mujeres estamos ha- ciendo visible la negada trama de interdependencia que nos conecta entre nosotras y con el mundo “na- tural” todo; recordándonos que es en esa trama de interdependencia capaz de regenerar lo común –que se extiende más allá de lo humano– cómo la vida se sostiene y garantiza sus reiterados ciclos reproducti- vos (Gutiérrez, Navarro y Linsalata, 2016). En tercer lugar, el torrente de luchas de heterogéneos grupos de mujeres contra todas las violencias machistas – capitalistas y coloniales– ha relanzado el *entre muje- res* como fértil camino de enlace, lucha y creatividad (Minervas, 2015).

Poniendo en el centro entonces, las luchas co- tidianas y extraordinarias por garantizar la soste- nibilidad de la vida y reconociendo poco a poco la trama de interdependencia que la sostiene, el “modo de producción” contemporáneo se nos

37

presenta como una amalgama triangular que tren- za patriarcado, capitalismo y colonialismo, cada vértice sosteniendo a los otros. Este complejo de expropiación, explotación y dominación se funda en cadenas de separaciones y en la fijación de me- diaciones para la gestión de tales separaciones. En relación a la dominación patriarcal, la entendemos como el radical e insistente proceso de separación de las mujeres entre sí y de ellas con sus creacio- nes y, en particular, con su prole (Gutiérrez, 1999). Tal dominación supone una imposibilidad de asu- mir las diferencias –las sexuales, en primera instancia pero no sólo; estableciendo una jerarquía de los varones y una desvalorización de lo femenino –o feminizado– que se fija mediante un orden de cosas que se impone a las mujeres como constricti- ón práctica –material y psíquica– para cumplir con conjuntos de deseos ajenos.

El patriarcado para nosotras, en tal sentido, no es algo que aconteció en la prehistoria marcando una “derrota” del género femenino, tal como en al- gún momento se pensó; sino que es una reiterada acción de drenaje de nuestras energías, mediante la separación y expropiación de nuestras creacio- nes. El patriarcado, pues, si bien tiene una historia originaria, para nosotras es más que eso: es la ma-

nera cotidiana y reiterada de producir y fomentar separaciones entre las mujeres instalando una y otra vez algún tipo de mediación masculina entre una mujer y otra y por tanto, entre cada mujer y el mundo. Llamamos *mediación patriarcal* a esta poli- morfa y omnipresente práctica social que puede ser

38

llevada a cabo tanto por seres humanos con cuerpo de varón como por aquellas que habitan cuerpo de mujer (Gutiérrez, Sosa y Reyes, 2017).

La mediación patriarcal es ubicua y persistente, concuerda con el orden simbólico patriarcal, reforzándolo.

En el caso de las luchas renovadas de las mujeres mexicanas contra todas las violencias hemos ya delineado cómo, en contextos de violencia generalizada contra la sociedad en su conjunto, una y otra vez se interpone alguna variante de mediación patriarcal en el despliegue de tales luchas. En 2014, de la coalición de hermanas –por expresarlo de alguna manera– movilizadas para la liberación de Yakiri y sintonizándonos con su valiente acción de autodefensa durante el episodio de secuestro y violación; pasamos a una generalizada, justa y legítima lucha por la presentación con vida de los 43 desaparecidos de Ayotzinapa en la cual, a lo largo de 2015, como sociedad mexicana en lucha contra la violencia volvimos a quedar colocadas como “fuerza que arropa a los padres” –y a las madres, por supuesto, pero nombrar a los padres y madres de los 43 desaparecidos también ha sido una lucha; y como apoyo a las gestiones –muy valiosas, muy dignas y esforzadas– de grupos de expertos. Se reinstala así uno de los triángulos simbólicos más patéticos de la amalgama entre patriarcado capitalista y dominio colonial: el conformado por los lugares víctima-verdugo-redentor, que dificulta el paso de quienes sufren agresión y violencia cuando se encaminan por el camino de su auto-redención.

39

Exploremos un poco más la amalgama triangular de la expropiación-explotación y dominación<sup>7</sup> que nos permite orientarnos en lo que ocurre. Con Silvia Federici y algunos otros autores de la corriente de la que ella es parte, entendemos el capitalismo, también, como reiterado proceso de separación de lxs trabajadorxs de sus medios de existencia (Federici, 2013; De Angelis, 2012) para instalar como mediación de tal separación al salario y, en general, al dinero como medida abstracta del trabajo. No entraremos por ahora en un debate más profundo en relación a esto pues nos interesa centrar la atención en cómo esto se teje con las renovadas luchas de las mujeres que analizamos como reiterados embates contra la ubicua y persistente mediación patriarcal. Sin embargo, cabe señalar que durante los recurrentes procesos de separación de lxs trabajadorxs de sus medios de existencia ocurren procesos que Navarro (2015) nombra como “despojos múltiples” que inhiben y degradan, también, la capacidad política de las tramas de interdependencia desgarradas por el capital; en particular, que devalúan y niegan las *capacidades* [de las colectividades sociales] *de dar forma* a su vida colectiva (Echeverría, 1998), es decir, sus capacidades de autodeterminar los modos y figuras de la vida, que en interdependencia, compar- ten. Nosotras entendemos la colonización, enton-

<sup>7</sup> El argumento de la amalgama expropiación-explotación-dominación lo hemos desarrollado colectivamente Raquel Gutiérrez, Noel Sosa e Itandehui Reyes; recojo acá los argumentos desarrollados en Gutiérrez, Sosa y Reyes, 2017.

40

ces, como erosión, agresión y tendencial anulación de las capacidades políticas de pueblos y comunidades, fundada en la imposibilidad de asegurar la reproducción de su vida colectiva en medio de cuer-



pos legales ajenos. Son, en este sentido, múltiples y recurrentes los procesos de colonización del mundo por el capitalismo patriarcal. La separación de las diversas y polimorfos tramas comunitarias de sus capacidades políticas, se media a través de la ley impuesta por quien coloniza, que es a la vez, patriarcal y capitalista. En los procesos coloniales, como sabemos, se impone el monopolio de nombrar y normar tal como afirma Rivera Cusicanqui (2006).

Impulsamos y protagonizamos nuestras luchas como mujeres contra todas las violencias en medio de estas tres clases de separaciones articuladas, amalgamadas entre sí: de las mujeres entre sí y con sus creaciones, de las variopintas y altamente diversas colectividades humanas con sus medios de existencia y de las capacidades políticas de un amplio arcoíris de comunidades y pueblos para autodeterminar su vida colectiva. Mediación patriarcal, mediación dineraria –y salarial– y mediación de la ley colonial –actualmente, colonización tecnocrática-financiera– están entonces firmemente trenzadas, amalgamadas en un complejo de dominación, expropiación, explotación y despojo que tiene a la violencia como eje organizador. Esto es lo que miramos con claridad desde este México adolorido y aguerrido.

Vayamos ahora a rastrear algunas pistas ofrecidas por las renovadas luchas de las mujeres contra to-

41

das las violencias que estructuran y son estructuradas por –Bourdieu *dixit*– esta amalgama de separaciones y mediaciones, en tiempos de dramática crisis de la reproducción de la vida. El prisma de la interdependencia como clave de intelección de tales luchas nos permitirá entender sus diversos contenidos subversivos y creativos, abandonando otros marcos analíticos y clasificatorios que, a nuestro juicio, limitan la comprensión de lo que está ocurriendo. Elegimos entonces como primera pista la renovada disposición de enormes contingentes de mujeres a reconstruir las relaciones sociales entre sí, más allá de posiciones feministas clásicas. En casi todos los lugares de la geografía social encontramos renovados enlaces y alianzas entre mujeres y notables esfuerzos por desplazarse del lugar fijado por el imaginario patriarcal del capitalismo colonial, para acercarse a otras y coproducir nuevas fuentes de fuerza para sí mismas y para todas (Gutiérrez 2017, Gago, 2017, Furtado, 2017).

Nuestro punto de partida práctico, que resulta difícil enunciar analíticamente, lo hallamos en nosotras mismas y en las luchas que desplegamos contra la vasta gama de violencias de las que somos objeto. Nos resulta difícil enunciarlo pues requerimos dar cuenta, simultáneamente, del desplazamiento subjetivo y político que nos habilita a nombrar el cúmulo complejo de separaciones y fracturas soportadas por nuestra trama de interdependencia en su conjunto. Sin embargo, sólo así logramos distinguir la trenza de mediaciones que nos sujeta y fija en la impotencia a pesar de la fuerza recuperada que también experi-

42

mentamos: paradoja y contradicción del tiempo que habitamos. La ola de violencia feminicida y contra las mujeres desatada en México y en toda América Latina, la impugnamos y comprendemos simultáneamente como uno de los vértices de la figura triangular de la expropiación-explotación-dominación contemporánea que se impone a través de la violencia generalizada y la guerra irregular contemporánea.

A manera de hipótesis final de estas líneas, sugiero una analogía que quizá ayude en la construcción de un piso común para nutrir nuestras luchas. Un tema ampliamente discutido –en diversas claves– por corrientes feministas que vienen de más atrás, es el *pacto patriarcal* que organiza

rígida y silenciosamente, desde la intimidad, el espacio social (Lonzi, 2017; Galindo, s/f; Rivera Garretas, 2002; Sendón de León, 2002). La ubicuidad del pacto patriarcal, que se nos presenta en una inimaginable cantidad de situaciones que lo refuerzan, se explica por la reiteración de la concordancia con el orden simbólico dominante (Bourdieu, 1991), haciéndonos saber a todos quienes habitamos algún cuerpo feminizado que los espacios de pares no existen.

Algo similar parece estar pasando en los tiempos que corren, cuando el *pacto patriarcal* se organiza, principalmente, a través del arreglo financiero. Si en otros siglos el pacto patriarcal adquirió consistencia política pública en la ambición republicana y en la democracia entre varones, es decir, claramente masculina y por lo mismo, ferozmente patriarcal; ahora el arreglo patriarcal parece fundarse en el acuerdo financiero. Es el carácter

43

financiero, centrado en la protección e impulso del ciclo D-D', del arreglo patriarcal contemporáneo, lo que explica el enloquecido desborde de todas las violencias. La *res privada* en torno a las finanzas es patriarcal y violenta en su misma constitución: se funda en la negación y drenaje, explícito y solapado, de lo público y de lo común, desconoce y niega las condiciones necesarias para garantizar la reproducción de la vida toda. Re-coloniza los regímenes políticos democráticos vaciando la capacidad colectiva –de varones y mujeres– para intervenir en asuntos públicos; al tiempo que mercantiliza y explota la vida en su conjunto.

Las luchas contemporáneas de nosotras contra todas las violencias machistas confrontan, impugnan y erosionan este arreglo financiero-patriarcal fundado en la violencia y la guerra, de múltiples maneras. La herramienta del paro de mujeres, que recupera tradiciones de lucha obreras y las teje en un argumento que afirma la colectiva y compartida *voluntad de vida*,<sup>8</sup> es un afilado camino para confrontar el pacto patriarcal del dominio capitalista y colonial de las finanzas. En México, en virtud de la brutalidad con que todo esto se está imponiendo sobre la sociedad toda, no alcanzamos todavía a

8 Gladys Tzul presentó esta idea en el Encuentro de Mujeres titulado “Diálogos entre Ecología política y feminismos: entender y detener las violencias sobre nuestros cuerpos-territorios” realizado en octubre de 2017 en Puebla, México. La expresión la empleaba para describir la experiencia narrada por mujeres del Pueblo Ixchil en Guatemala, que fue duramente golpeado por la guerra civil durante el siglo XX.

44

abrir una discusión amplia sobre el tema. Sin embargo, hacemos un esfuerzo sostenido por entender lo que pasa, lo que nos pasa, a las mujeres y a las tramas de interdependencia que habitamos y nos contienen.

Puebla, México, diciembre de 2017

## Bibliografía

Belausteguigoitia Marisa (2015), “Em-PLAZAMIENTOS. Estrategias políticas desde las narrativas del padre subvertido: de la plaza al aula”, en *PoliticMun*, Volumen 7, DOI: <[http:// dx.doi.org/10.3998/pc.12322227.0007.006](http://dx.doi.org/10.3998/pc.12322227.0007.006)>

Bourdieu, Pierre (1991) *El sentido práctico*. Madrid: Taurus Cigarini, Lia (1996) *La política del deseo. La diferencia femenina se hace historia*. Barcelona: Icaria

De Angelis Massimo (2012) “Marx y la acumulación primitiva: el carácter continuo de los ‘cercamientos’ capitalistas”, en

*Theomai*, No. 26, Buenos Aires, Noviembre.

Echeverría, Bolívar (1998) *Valor de uso y utopía*. México: Siglo XXI Editores

Fazio, Carlos (2016) *Estado de excepción. De la guerra de Calderón a la guerra de Peña Nieto*, Grijalbo, Ciudad de México.

Federici, Silvia (2013) *La revolución feminista inacabada, re- producción social y lucha por lo común*, México: Escuela Calpulli, Labrando en común.

Federici, Silvia (2015) *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. (2da. Ed. Tinta Limón) (Hendel & Touza, Trad.) Puebla-Oaxaca: Tinta Limón, Pez en el árbol, Labrando en común.

45

Furtado, Victoria (2017) Nosotras queremos cambiarlo todo. Entrevista al colectivo Minervas. Zur. Pueblo de voces, 7 de marzo. Disponible en: <<http://www.zur.org.uy/content/nosotras-queremos-cambiarlo-todo-entrevista-al-colectivo-minervas>>

Galindo María, (s/f), *¡A despatriarcar! Feminismo urgente*, La vaca ediciones, Buenos Aires.

Gago, Verónica (2017) "Paro de mujeres. Una creación colectiva", Las 12. Página 12. Buenos Aires, 3 de marzo. Disponible en <<https://www.pagina12.com.ar/23401-una-creacion-colectiva>>

Gago, Verónica (2017b) "¿Hay una guerra "en" el cuerpo de las mujeres? Finanzas, violencias y territorios", ponencia presentada en "Ce que femme fait à Philosopher. Les épistémologues croisées de la critique de l'économie," Université Paris Diderot, Mayo. Gil Silvia (2011), *Nuevos feminismos: sentidos comunes en la dispersión*, Traficantes de Sueños, Madrid.

Gutiérrez Aguilar, Raquel (1999) [2014] *Desandar el laberinto. Introspección a la feminidad contemporánea*. Puebla-Oaxaca: Pez en el árbol.

Gutiérrez Aguilar, Raquel & Paley, Dawn (2016). "La transformación sustancial de la guerra y la violencia contra las mujeres en México", en *DEP, Deportate, Esuli e Profughe* no. 30. Venezia: Universidad Ca' Foscari.

Gutiérrez Aguilar, Raquel (2017) *Porque vivas nos queremos, juntas estamos trastocándolo todo. Notas para pensar, una vez más, los caminos de la transformación social*. Revista Theomai No. 35. Universidad Nacional de Quilmes.

Gutiérrez R., Sosa N., Reyes I., "El *entre mujeres* como negación de las formas de interdependencia impuestas por el patriarcado capitalista y colonial. Reflexiones en torno a la violencia y la mediación patriarcal", en Revista *Heterotopías*, No.1, Facultad de Filosofía y Humanidades, Córdoba, Argentina.

Méndez García Elia, (2017) *De relámpagos y recuerdos...*

46

*Minería y tradición de lucha serrana por lo común*, Universidad de Guadalajara-Ciesas-Cátedra Jorge Alonso, Guadalajara, Jalisco

Menéndez, Mariana (2017) Entre mujeres: "Nuestro deseo de cambiarlo todo" Apuntes sobre el re-emergir feminista en el Río de la Plata. En prensa

Minervas, Colectivo de Mujeres (2015), Revista Escucharnos decir, No.1, Montevideo.

Muraro, Luisa (1994) *El orden simbólico de la madre*. Madrid: Horas y HORAS

Navarro, Mina Lorena (2015) "Claves para pensar el despojo y lo común desde el marxismo crítico", en *La Crisis, el Poder y los Movimientos Sociales en el Mundo Global*. Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM

Paley Dawn (2014), *Drug war capitalism*, AK Press, Oakland. Paley Dawn (2016), <[https://www.academia.edu/30263485/La\\_guerra\\_en\\_Mexico\\_contrainsurgencia\\_ampliada\\_versus\\_lo\\_popular](https://www.academia.edu/30263485/La_guerra_en_Mexico_contrainsurgencia_ampliada_versus_lo_popular)>

Paley Dawn (2017), Tesis doctoral en Sociología, ICSYH- BUAP, Borrador.

Pérez Orozco, Amaia (2014) *Subversión feminista de la economía*. Madrid: Traficantes de sueños.

Restrepo, Alejandra (2016) "La genealogía como método de investigación feminista" En: Blazquez Graf, Martha, Castañeda, Patricia *Lecturas críticas en investigación feminista* (coordinadas), Red Mexicana de Ciencia, Tecnología y Género. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades

Reyes-Díaz, Itandehui (2017). *Violencia feminicida y desaparición en cuerpos-territorios feminizados. Familias que luchan por las ausentes en Ecatepec*. Tesis para obtener el grado de Maestría en Sociología. Puebla: ICSyH-BUAP

Rivera Cusicanqui, Silvia (2006) "La noción de 'nación' como camisa de fuerza de los movimientos indígenas" en, Gutiérrez

47

R. y Escárzaga F. (Coords.), *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*, Volumen II, Juan Pablos/ CEAM, A.C./UACM/BUAP/ UAM/DIAKONIA, México, 2006

Rivera Garretas, María Milagros (2002) *El fraude de la igualdad. Los grandes desafíos del feminismo hoy*. Buenos Aires: Librería de las mujeres.

Segato, Rita Laura (2014). *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*, México: Pez en el árbol.

Sendón de León, Victoria (2002), *Marcar las diferencias. Discursos feministas ante un nuevo siglo*, Icaria, Barcelona.

48

## **El paro como proceso: construyendo poéticas de un nuevo feminismo**

Susana Draper<sup>1</sup>

"El futuro de la tierra dependerá de la habilidad de las mujeres por identificar y desarrollar nuevas definiciones de poder y nuevos modos de relación entre las diferencias". Audre Lorde Cartel en la marcha del 8M, NYC

Al reflexionar sobre el manifiesto fundante del *Combahee River Collective* cuarenta años después, Barbara Smith explica la idea que había detrás del nombre que eligieron para el colectivo: "No nos nombramos a nosotras mismas a partir de una persona. Nos nombramos a partir de una acción. Una acción política. Y eso fue lo que hicimos. Y *no solo una acción política sino una acción política para la liberación.*"<sup>2</sup> El nombre remitía a una poética abolicionista de fuga y de libertad cuando Harriet Tubman

lideró la revuelta con la que se liberaron más de 700 esclavxs cruzando el Combahee River, en 1863. Al pensar en el llamado que nos propuso Verónica de abordar y contar la historia vivida del paro internacional de mujeres del 8 de marzo de 2017 a partir de

1 Activista, filósofa y especialista en literatura hispanoamericana. Es docente en la Universidad de Princeton, Estados Unidos.

2 Barbara Smith, en *How we get free. Black feminism and the Combahee River Collective*, Chicago: Haymarket Books, p. 31.

49

una situación y una percepción, esas palabras vinieron a mí ya que se trataba de abrir múltiples formas de memoria desde las cuales narrar y reflexionar sobre una acción-proceso. El 8M como punto de ebullición desde donde podemos leer la intensidad de una historia de liberación que se re-actualiza en el presente como forma de conectar múltiples luchas que coexisten y se engarzaron al llamado de reinención de un feminismo anticapitalista, hurgando en las preguntas y los desafíos que se nos abren en el presente. En este sentido, empezar a narrar el camino que conduce hacia el 8M implica una secuencia que se entronca en varias genealogías de luchas y movimientos donde la huelga se convierte en el sitio de un proceso disparador de múltiples preguntas que vienen de antes y de después del momento específico que nos reúne aquí. En este texto, el 8M es una suerte de cristal desde donde se proyectan y conectan diferentes haces de luz a partir de una pregunta sobre la forma que adquiere la palabra “huelga” cuando se trata de una huelga de mujeres. Esto nos envía a una figura abarcadora que desnuda una multiplicidad de procesos que se vinculan a la economía cotidiana, a la economía de una serie de violencias y a las luchas que condensan la *fábrica misma de la reproducción social*. Cuando hablamos de huelga de mujeres instamos a un ejercicio de re-significación de la palabra ya que se trata de una acción que implica una reflexión sobre la reproducción de la vida social en su multiplicidad. En el decir del Combahee River Collective, solamente a través de una revolución en la base de la pirámide puede

50